



Finalista del IX Certamen
de literatura "Miguel Artigas"

Concha Fernández González

Nací en Ciudad Rodrigo (Salamanca) hace un montón de años, bajo el signo de Sagitario. Cursé estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid y de Creación Literaria en la Escuela de Letras, aunque me gano la vida desempeñando un trabajo administrativo en una empresa privada. Mis primeros coqueteos con la literatura fueron alrededor de los doce años, pero no fue hasta mucho más tarde que comencé a participar en los certámenes literarios, única oportunidad que nos queda a los que tenemos el veneno de las letras en la sangre para poder publicar. Desde entonces he obtenido algunos premios literarios: Certamen de relatos "Paraules d'Adriana" (Barcelona), Certamen de Relatos "Palabras de Mujer" (Albacete), Certamen Literario "Dulcinea 2007" (Barcelona), Certamen literario "Villa de Añora" (Córdoba), Certamen de relatos "Ciudad de Marbella" (Málaga), Certamen de cuentos "La Rebotica" (Madrid), y otros muchos. Así mismo he publicado las novelas tituladas "El último chachachá", "Lo que queda de camino" y "Al otro lado del tabique" y varios relatos en volúmenes conjuntos.



El párroco de Ribadelmar

Concha Fernández González

El día que el obispado me designó como párroco de Ribadelmar, creí haber dado un paso cualitativo en mi carrera. Aparte de connotaciones familiares –mi única hermana vivía allí– había otras de tipo sentimental, ya que mis antepasados, incluyendo a mis padres, eran de este lugar.

En mi nuevo destino pensé hacer grandes progresos evangélicos. El medio rural siempre es más adecuado para llegar al corazón de los feligreses y, además, en él no suelen surgir opiniones progresistas. Yo soy un católico ortodoxo de la vieja escuela y todas las corrientes renovadoras, no puedo evitarlo, me atacan la úlcera.

Los dos años precedentes que había dedicado a la docencia estuvieron a punto de provocar mi caída en uno de los mayores pecados capitales: la ira. Y he de confesar que tuve que hacer grandes esfuerzos, y no pocas penitencias, para librarme de él. Aquellos mozaletes a los que enseñaba, con una todavía sombra de bozo, ponían por sistema en tela de juicio todos los dogmas de la religión católica. Más de una vez, si no hubiera sido por el consuelo pasajero del breviario, les hubiera abierto literalmente la cabeza, para sacar de ella sus anatemas y sustituirlos por mis preclaros fundamentos religiosos.

En fin, esa era, por fortuna, una etapa ya pasada e intuía que en ésta nueva iba a poder dedicarme, además de al cuidado del alma de mis feligreses, al estudio exhaustivo de los textos sagrados, que era lo que siempre había anhelado. Sin embargo me equivoqué.

Mi recién estrenada parroquia estaba formada por tres aldeas de no más de doscientos habitantes

cada una, alejadas entre sí unos ocho kilómetros. Los vecinos, en su mayoría, habían rebasado la cincuentena y en estas circunstancias no eran frecuentes los grandes acontecimientos litúrgicos. Sólo había algún bautizo, unas pocas comuniones, media docena de bodas y, eso sí, un alto número de funerales. En estos últimos comencé a oír el nombre de Zoilo, relacionado siempre con las mismas frases: "ya se lo advirtió el Zoilo" o "el Zoilo lo pronosticó".

En un primer momento creí que Zoilo era el médico ambulante que se desplazaba de una localidad a otra cuando las necesidades de la salud lo requerían. Fue bastante más tarde, en el entierro de Anselmo, cuando me enteré de su verdadera personalidad. La viuda, demasiado charlatana según mi opinión dadas las circunstancias, pregonaba a voz en grito:

—Hace dos semanas que Zoilo, el pastor, le dijo que se cuidara el hígado. Tenía una salud de hierro y se ha ido al hoyo de una cirrosis.

Aunque la curiosidad, si no es relacionada con los hechos divinos, no es buena compañera de la vida religiosa, en aquel momento creí que debía investigar por mi cuenta sobre el asunto, y ver qué tenían de premonición aquellos consejos que Zoilo impartía como al azar.

Un día le encontré en un prado cuidando del rebaño. Me pareció tosco e ignorante. Intenté acercarme a él hablando de cosas que le fuesen conocidas y comparé a mis feligreses con sus ovejas.

—Zoilo, tú y yo tenemos el mismo oficio. Los dos somos pastores.

Se me quedó mirando fijamente como si hablase en latín. Se quitó la boina, se rascó la cabeza y me espetó:

—¿Dice *usté* que las gentes del pueblo son como mi pinta o mi lucera?

Desistí, hay veces en las que un sacerdote tiene un sexto sentido que le indica cuándo debe retirarse, así que pasé directamente a lo que me interesaba: su don.

—He oído que conoces el futuro, dije.

—No, ni quisiera, respondió.

—Entonces, todas esas advertencias que haces a la gente...

—Barrunto la muerte.

—¿Y eso cómo?

—Lo veo.

—¿Cuándo?

—Me viene a la cabeza de repente.

—Mientes, eso es imposible y quiero que sepas que no estoy dispuesto a consentir supersticiones en mi parroquia, le grité.

Zoilo no dijo nada. Simplemente se marchó.

Pasó algún tiempo antes de que volviera a cruzarme con Zoilo. Tampoco volví a oír ningún comentario sobre sus profecías, así que creí zanjado el asunto hasta que una mañana, cuando estaba sumido en la oración, llamaron a la puerta con golpes urgentes y detonantes. Al abrir me encontré con María, la maestra, compungida y desolada.

—Don Antonio, por favor, venga a ver a mi madre. Quiero que ponga su alma en paz con Dios.

¿Qué ha ocurrido?, ¿está enferma?, —contesté sorprendido, ya que el día anterior había tomado café con ella.

Aún no, pero no tardará.

¿Cómo lo sabes?.

Acabo de encontrarme con Zoilo. Me ha dicho que no comerá la próxima hornada de pan.

Si el mismo diablo hubiese aparecido ante mí, envuelto en llamas y azufre, seguramente no me hubiese sobresaltado tanto. No obstante, conservé la calma gracias a la disciplina de la penitencia, y acudí a casa de María para tranquilizarla. Su madre murió dos días después.

La enterramos al día siguiente y cuando finalicé de officiar el funeral, decidí ir al encuentro del pastor. Creí percibir, y eso que yo carecía de su supuesto don, que me esperaba. Me miró, le miré y sin más preámbulos ni saludos le amonesté:

—Estoy muy enfadado con tus premoniciones.

¿Premoniqué?, dijo sorprendido.

Tu don, leñe —aclaré, impaciente—.

Pues no es conmigo con quien se tiene que enfadar sino con quien me ha dado el don sin yo pedírselo.

—Eso es una blasfemia, Zoilo. Tú sabes además, que sólo Dios puede saber el momento de la muerte de una persona.

Dios y, con su permiso, un servidor.

Intenté no perder los nervios, sin embargo mi profunda convicción religiosa y su tozudez no se llevaban bien. Pero, como el Señor nunca abandona a sus siervos devotos, me hizo sujeto de una inspiración:

—Haré un pacto contigo. Si adivinas ahora cuándo ocurrirá el próximo fallecimiento y aciertas nunca más dudaré de tu don. En cambio, si fallas, me prometeras que jamás volverás a asustar a la gente con tus presagios.

Zoilo se quitó la boina, se rascó la cabeza y sólo contestó:

—¡Quía!

Entonces le provoqué. Con algunos cristianos da mejor resultado.

—Tienes miedo de equivocarte ¿verdad?.

—¡Quía!, volvió a exclamar él por toda respuesta.

Permanecimos observándonos largo rato, creo que medíamos nuestras fuerzas. Al fin Zoilo golpeó tres veces el suelo con su cayado y, como si fuese la señal, dijo:

— De aquí a la Virgen de agosto faltan seis meses. Antes que se cumplan tendrá *usté* su muerto. ¿Quién será?

— No lo sé, pero un suicida o algo parejo ha de ser, porque no se le enterrará en cristiano. Entonces, tampoco habrá ceremonia religiosa.

No, pero *usté* irá al camposanto y rezará un responso.

Los meses fueron transcurriendo apaciblemente, tanto, que llegué a olvidar la profecía de Zoilo. Además coincidió que mi hermana esperaba por aquellas fechas su primer hijo. Éste sería también mi primer sobrino y tenía grandes proyectos para él. Había previsto convertirle en un perfecto católico al que yo serviría de humilde ejemplo. Sin embargo, el Señor traza sus caminos sin que nosotros, sus siervos, podamos desviar su trazo.

Mi hermana se puso de parto por la Virgen de las Nieves.

La comadrona, la señora Eulogia, avisó desde el primer momento que las cosas no iban bien. Con los escasos medios de que disponía, el parto se prolongó casi dos días. Al final de ellos nació un niño muerto.

A pesar de ser agosto una suave neblina cubría las tumbas del cementerio y la tristeza del paisaje, unida a la imagen de los sepultureros, bajando la pequeña caja blanca a la fosa, me hizo estremecer. Comencé a rezar con voz entrecortada un responso y las esquilas de las ovejas que pastaban en los alrededores acompañaron mi oración. Al terminar, levanté los ojos y mi mirada tropezó con la

de Zoilo, que me observaba desde el otro lado de la tapia del cementerio. Se quitó la boina, inclinó la cabeza y dijo respetuosamente:

Buenos días don Antonio.

Y sin esperar respuesta se cubrió de nuevo y prosiguió su camino.

Desde aquel día Zoilo y yo nos respetamos mutuamente sin mezclar nuestros peculiares terrenos.

De aquella prueba a la que el Señor tuvo a bien someterme aprendí muchas cosas. Una de ellas que cuando Zoilo advierte a alguien sobre su salud yo debo ir preparando la casulla negra.